



Manuel Belgrano

Boletín de la BCN

134

2020.

Año del General Manuel Belgrano



Boletín de la Biblioteca del Congreso de la Nación. -- Año 1, n.º 1 (1918)-
Año 11 (1929) ; 2.ª época, Año 1, n.º 1 (mayo 1932)-Año 2, n.º 6 (oct.1934) ;
[3.ª época], n.º 1 (sept./oct. 1934)- . -- Buenos Aires : Biblioteca del
Congreso de la Nación, 1918- .
v. ; 25 cm.

ISSN 0004-1009.

1. Biblioteca del Congreso - Argentina - Publicaciones Periódicas. I. Biblioteca
del Congreso.

Manuel Belgrano

Boletín de la BCN n.º 134

ILUSTRACIÓN

Manuel Belgrano, Pablo Bernasconi (2020)

Collage y Técnica Mixta. 70 x 60 cm

DIRECTOR RESPONSABLE

Alejandro Lorenzo César Santa

COMPILADORES

Nicolás González Galatoire, Luis Héctor Martínez,

Marta Palchevich y Ana Laura Rivara

DISEÑO, COMPAGINACIÓN Y CORRECCIÓN

Subdirección Editorial

IMPRESIÓN

Dirección Servicios Complementarios

Alsina 1835, 4.º piso, CABA

Las opiniones, ideas, doctrinas, conceptos y hechos aquí
expuestos, son de exclusiva responsabilidad de los autores.

© Biblioteca del Congreso de la Nación, 2020

Av. Rivadavia 1850, 3.º piso. CABA

Registro DNDA N.º 5342086

Impreso en Argentina - Printed in Argentina

Noviembre de 2020

Queda hecho el depósito que previene la ley 11.723

ISSN 0004-1009

La ignorancia es el mal.

Notas sobre Belgrano: entre lectoras, ediciones y públicos

Graciela Batticuore

1.

Yo emprendo a escribir mi vida pública —puede ser que mi amor propio acaso me alucine— con el objeto de que sea útil a mis paisanos, y también con el de ponerme a cubierto de la maledicencia; porque el único premio a que aspiro por todos mis trabajos, después de lo que espero de la misericordia del Todo Poderoso, es conservar el buen nombre que desde mis tiernos años logré en Europa, con las gentes con quienes tuve el honor de tratar, cuando contaba con una libertad indefinida, estaba entregado a mí mismo, a distancia de dos mil leguas de mis padres, y tenía cuanto necesitaba para satisfacer mis caprichos. (Belgrano, s/f: 167).

Cuando escribe su *Autobiografía*, Belgrano tiene treinta y cuatro años, poco más de los que tenía Sarmiento cuando encaró la composición de *Recuerdos de provincia*, en 1850. Sarmiento estaba en el exilio, había escrito sin parar en contra de Juan Manuel de Rosas y esperaba volver, esperaba también la oportunidad de gobernar y por eso preparaba las bases que lo ayudarían a concretar el proyecto. De ahí que la crítica literaria o la historiografía hayan visto en ese texto una suerte de plataforma de lanzamiento desde la cual Sarmiento empezó a labrarse un futuro político auspicioso que no tardaría mucho en concretarse.

Si lo comparo ahora con Belgrano no es solo porque ambos se deciden a poner por escrito sus vidas siendo muy jóvenes, sino también porque los dos preparan su autobiografía en condiciones adversas. Belgrano estaba preso y enfermo en 1814 cuando se dispuso a escribir para defenderse de los enemigos, consciente del peso que su propio “Yo” tenía en la Historia de la revolución. Ya había hecho la guerra, había ganado y había perdido, quería ahora rescatar su honor de “la maledicencia” y para eso estaba decidido a mostrar sus créditos, a contar su historia personal en la que sobresalen los méritos intelectuales, la vocación y la tenacidad del estudio en las diferentes etapas y circunstancias de la vida. En este punto también hay un parecido con la autobiografía de Sarmiento, aunque la diferencia fundamental es que este la publica de inmediato, mientras la obra de Belgrano se hace esperar bastante, acaso porque el destino de un prócer apuesta su carta más fuerte a la memoria (Mitre la publica por primera vez en 1877, en su *Historia de Belgrano*; la segunda parte sale antes, en las *Memorias póstumas* de Paz, 1855). Pero en uno y otro caso la educación aparece como la llave que mueve el andamiaje de una vida destinada a lo público, una llave maestra que abre

puertas para construir el destino del pueblo o la nación, pero también despierta la envidia o la competencia entre los subordinados y los pares: “tal vez esto, mi educación, mi modo de vivir, y mi roce de gentes distinto en lo general de la mayor parte de los oficiales que tenía el cuerpo (del ejército), empezó a producir rivalidades que no me incomodaban, por lo que hace a mi persona, sino por lo que perjudicaban el adelantamiento y lustre del cuerpo, que tanto me interesaba y por tan justos motivos” (s/f : 179), anota Belgrano en la autobiografía haciendo referencia a las clases que se decidió a tomar con un maestro cuando fue llamado a dirigir las milicias, y a las envidias que esto mismo causó entre los suyos.

Antes y después en el relato, todos los “males” de la sociedad rioplatense se explican por obra de una “ignorancia” que campea por igual entre la gente de armas o los letrados. Por eso protesta aquí y allá con una prosa fogosa que prefigura la de los románticos. “Confieso que me indigné” (s/f: 175), anota al recordar la avanzada de las tropas inglesas bien formadas que arremetieron contra las porteñas, demasiado escasas en recursos, durante las invasiones de 1806. Unas páginas antes ya se había expedido contra las “intenciones perversas de los metropolitanos”, contra el “espíritu del monopolio” o contra las maniobras del comerciante que solo persigue su conveniencia porque “no conoce más patria, ni más ley, ni más religión que su interés propio” (s/f: 176). Y unas páginas después protestaba de nuevo contra las injusticias, las intrigas y las revueltas de los conspiradores que no muestran ética alguna ni amor por la patria: “empecé a observar el estado miserable de educación de mis paisanos, sus sentimientos mezquinos y hasta donde llegaban sus intrigas” (s/f: 180).

Se indigna a menudo Belgrano en este texto y todo lo atribuye a una “ignorancia” que permea el sistema y corrompe el camino de la revolución y de sus mejores hombres. Sobre el final de la obra lo expresa con toda contundencia: “casi se hace increíble nuestro estado actual. Mas si se recuerda el deplorable estado de nuestra educación, veo que todo es una consecuencia precisa de ella y sólo me consuela el convencimiento de que está siendo nuestra revolución obra de Dios” (s/f: 192).

2.

Esta preocupación desborda los límites de la autobiografía. En las cartas que envía a sus camaradas o subordinados en el año 10 dispone medidas concretas: manda a instruir a las tropas, pide papel, envía Gazetas e incluso dona la suma de 40000 pesos (el premio que la Asamblea le había otorgado por sus triunfos militares) para la dotación de cuatro escuelas públicas de primeras letras que enseñen a leer y escribir. En una carta del año 13 manda a encarrilar a un soldado díscolo, bajo apresto de que escuche una lectura de Washington y medite sobre ella [“Hay un Dr. Rocha de Capitán en el número 6, cuya conducta política, debe velarse (...); vea U. de entrar en conversación con él, y hacerle leer y meditar a

Washington”, escribe a Tomás de Anchorena desde Jujuy, el 29 de mayo de 1813 (s/f: 228)].

Belgrano está embarcado en la lucha contra los ejércitos realistas pero se ocupa personalmente de hacer traducir la *Despedida de Washington al pueblo de los Estados Unidos*, el discurso que el líder norteamericano dio a su tropa antes de abandonar la vida militar, en setiembre de 1796. Se ocupa también de hacerlo publicar en la imprenta de los Niños Expósitos con un prólogo suyo que empezó a redactar poco antes de la batalla de Salta, en 1813 (el texto aparece firmado en Alurralde, localidad de Tucumán). En esas páginas declara su admiración por ese “grande hombre” que se dedicó con empeño a la liberación de su patria, llama a los conciudadanos a imitarlo y comenta las circunstancias en que preparó la edición:

Las obligaciones no me daban lugar a repasar la traducción, para que se imprimiese, ya que teníamos la gloria de poder comunicar los conocimientos, y que se hicieran generales entre nosotros, y creído de que en la expedición al Paraguay podría haberla examinado y confluído, tuve la desgracia que ya he referido. Mas observando que nadie se ha dedicado a este trabajo, o que si lo han hecho no se ha publicado, ansioso de que las lecciones del héroe americano se propaguen entre nosotros y se manden, si es posible, a la memoria por todos mis conciudadanos, habiendo recibido un pequeño librito que contiene su despedida, que me ha hecho el honor de remitirme el ciudadano D. David C. de Forest, me apresuré a emprender su traducción. Para ejecutarla con más prontitud me he valido del americano Dr. Redhead, que se ha tomado la molestia de traducirla literalmente, y explicarme algunos conceptos; por este medio he podido conseguir mi fin, no con aquella propiedad, elegancia y claridad que quisiera, y de que son dignos tan sabios consejos; pero al menos los he puesto inteligibles, para que mejores plumas les den todo aquél valor, que ni mis talentos, ni mis atenciones me permiten. Firmado en Alurralde el 2 de febrero de 1813.¹

Pero esa no fue la única vez que Belgrano hizo denodados empeños por la edición de un libro que podía servir a la santa causa de la revolución. Ya en el contexto preindependentista del 16, cuando viajó a Londres con Rivadavia en misión diplomática, se encargó de hacer imprimir un libro religioso no ortodoxo, que a comienzos de la década del 10 había circulado oculto y en manuscrito por ser considerado herético. Se trata de la *La venida del Mesías en gloria y magestad*, compuesto por el Abate Manuel Lacunza y Díaz, un ex jesuita que había conocido antes la censura por otro de sus libros (el *Anónimo Milenario*). Así que en 1812 el autor mandó a editar el segundo bajo seudónimo de Juan Josafat Ben-Ezra en la ciudad de Cádiz. Pero la obra circuló también en el Río de la Plata, estuvo en algunas bibliotecas célebres y fue objeto de debate por parte de letrados que

1. “Despedida de Washington al pueblo de los Estados Unidos” en <https://www.elhistoriador.com.ar/despedita-washington-al-pueblo-de-los-estados-unidos-por-manuel-belgrano/>

opinaron a favor o en contra de su difusión. Acaso para comprender mejor este asunto conviene comentar brevemente la historia previa a la edición de Belgrano. Se conoce que Lacunza había sido leído por Baltasar Maziel, incluso se sospecha que este tenía contactos con el autor (avaló también otro escrito impugnatorio de Vélez), lo que fue visto con malos ojos por el Virrey Loreto, quien consideraba que cualquier escrito que revisara o argumentara contra otro peligroso para la Santa Iglesia no hacía más que fomentar opiniones sobre temas que no debían ponerse bajo juicio de los sujetos comunes. Los asuntos dogmáticos y de índole religiosa no eran un campo sensible a la opinión, de hecho la ley guardó el derecho de censura para los libros religiosos incluso después de 1810 (y también del decreto de libertad de imprenta promulgado el 22 de abril de 1811, que siguió exceptuando las obras religiosas de la eliminación de la censura previa) así que el asunto marcó la enemistad de Loreto con Maziel, que terminaría sus días en el exilio (y su biblioteca a la deriva). Por otra parte, entre los registros de libros que formaron el primer acervo de la Biblioteca Pública de Buenos Aires en 1810 figura un ejemplar del de Lacunza (que no viene de la librería de Maziel sino de la de Muñoz, lo que nos recuerda que la literatura prohibida en España y las colonias circulaba igual por vía del contrabando en el Río de la Plata). Con estos antecedentes Belgrano se encarga en el 16 de publicar la obra, de modo que más allá de los contenidos religiosos, hay que considerar este escenario para entender sus opiniones en el prólogo.² En el año 1815 el periódico *El Censor* publicaba la venta de la obra. Belgrano se agenció una copia, la leyó y cuando viajó a Europa en 1816 la hizo imprimir en Londres y financió la edición, que salió con un prólogo suyo sin firma pero encabezado bajo el título de “El Editor a los Americanos”. Allí expresa su intención de estar realizando un servicio de “utilidad común” a los compatriotas, al publicar una edición cuidada que reproduce el original y evita los vicios de las copias defectuosas que habían circulado en el Plata por vía del contrabando.³

2. Cabe recalcar que la excepción a la eliminación de la censura previa de las obras religiosas se mantuvo en el Río de la Plata incluso después de la reglamentación de 1811, es decir que no se podía imprimir ni hacer circular libros de este tipo sin licencia eclesiástica. Sobre esta cuestión pueden consultarse los trabajos de Pasino, Alejandra, “Buenos Aires - Cádiz - Londres: elaboración, críticas y recepción de la legislación sobre libertad de imprenta (1810-1812)”, *PolHis. Boletín Bibliográfico Electrónico del Programa Buenos Aires de Historia Política*, año 6, núm. 12, segundo semestre 2013, pp. 83-94 y Goldman, Noemi, “Libertad de imprenta, opinión pública y debate constitucional en el Río de la Plata (1810-1827)”, *Prismas. Revista de historia intelectual*, n.º 4, Universidad Nacional de Quilmes, 2000.

3. Vale la pena detenerse en un párrafo donde Belgrano puntualiza los propósitos que lo impulsaron a llevar adelante la edición en Europa: “Principiaba a tratarse de esto con el mayor empeño, quando he aquí que inesperadamente me veo en la necesidad de pasar á la corte de Londres. Desde el punto que resolví mi viaje a este destino resolví también hacer a mis compatriotas el servicio de imprimir, y publicar una obra que aun quando no hubiese otras, sobraría para acreditar la superioridad de los talentos Americanos, al mismo tiempo que la suma sandez de un Señor diputado Español Europeo, que en las cortes extraordinarias instaladas en la Isla de León de Cádiz se hizo distinguir con el arrojado escandaloso de preguntar, a qué clase de bestias pertenecían los Americanos, o entre clase de ellas se les podía dar lugar. Al efecto deseado solicité luego una copia de la obra, y por fortuna hallé existir la que se tenía por más correcta, y de mejor letra en manos de un íntimo amigo

De esta manera, Belgrano procura intervenir en favor del “propio juicio”, para que cada lector pueda sacar sus conclusiones de la obra. Opone así la razón, la utilidad y los derechos del individuo, a los males de una ignorancia que permea todas las capas de la sociedad, atravesada por la persistencia de los códigos o la legislación colonial. Frente a ello contrapone su propia imagen, su actuación y su propio sistema de valores, que tiene como medida de todas las cosas la educación, tanto como la propagación de ideas y de libros.

3.

Desde luego, sabemos que esta exaltación de los aprendizajes letrados, de las escuelas y los maestros en toda circunstancia o del derecho a la libre expresión no es inédita o exclusiva de Manuel Belgrano sino que estuvo presente de diversos modos en el espíritu de otros hombres de Mayo, que tomaron medidas concretas en favor de la libertad de imprenta, entre otras cosas porque pensaban que el éxito de la revolución dependía no solo de las armas sino de la posibilidad de expandir en el pueblo el nuevo ideario (modelo que retomarían también los románticos de la Generación del 37 más adelante). Moreno lo explicitó en el prólogo del *Contrato social* que hizo traducir por esos años, mientras prefiguraba una colección de libros políticos para reemplazar el catecismo en las escuelas (un plan ambicioso y algo temerario que no llegó a concretarse). Y el propio San Martín preparó testamentos una y otra vez para disponer del legado de los libros de su biblioteca personal, que trasladó consigo en cajones, durante todo el periplo de la revolución libertadora que lo llevó a cruzar los Andes para libertar primero a Chile y después a Perú, en 1821. Allí mismo firmó el primer decreto del nuevo gobierno que disponía la creación de la Biblioteca Nacional y se decidió a donar a la institución los libros personales que habían arrastrado sus tropas desde Mendoza, para forjar el primer acervo libresco.⁴

Por su parte, Belgrano tradujo ese ideal ilustrado no solo en las páginas de su autobiografía, o en las cartas que intercambió con diversos interlocutores,

mío, quien enterado de mi propósito me la franqueó al punto con la mejor voluntad. Por ella se ha hecho la presente impresión en carácter, y papel correspondiente al mérito de la obra; y teniendo todo el posible cuidado, para que salga, sino absolutamente perfecta (lo que casi no es de esperar en país donde la lengua Castellana es extranjera) al menos sin defecto substancial”. Lejos de casa y de la patria americana que ya se ha comenzado a percibir como otra y distinta a la española, Belgrano se indigna otra vez frente al prejuicio de este diputado de la corte de Cádiz, que imagina el mundo nuevo bajo un tópico que persistirá por épocas para definir América: barbarie o salvajismo. Belgrano responde “con un libro en la mano” (para usar la ya célebre expresión de Sylvia Molloy en *Acto de presencia*, donde señala como una característica de las autobiografías latinoamericanas del XIX la pose letrada). En este caso y en ésta época el libro que ostenta Belgrano es el de Lacunza pero mejor editado, limpio de salvajismos que le atestó la censura, y en una edición pulida que respeta el original, dice él mismo. Todos estos componentes son interesantes a la hora de interpretar los motivos de esta edición.

4. Desarrollo esta cuestión en “Los libros de la revolución”, *La cultura argentina. Tres momentos: 1810-1910-2010* (comp.), *Prometeo*, Universidad de General Sarmiento, Buenos Aires, 2012. ISBN 978-987-574-541-4.

desde 1790 cuando era estudiante en España, o desde las milicias después, hasta su muerte en 1820. O en su faceta como editor y traductor, o en las *Memorias del Consulado* que redactó cuando fue Secretario al regresar de España, sino también en la prensa porteña prerevolucionaria, donde escribió a favor de la educación popular e introdujo un recurso novedoso que adoptarían a lo largo del siglo otros varios publicistas, entre ellos Sarmiento. Concretamente, en los números de *El correo de Comercio*, publicados entre 1809 y enero de 1810, Manuel Belgrano adoptó *la voz de una mujer lectora* para celebrar las propuestas de educación popular sobre la que venía discurriendo en ese mismo medio. Vale la pena detenerse en un fragmento de la carta de esa anónima lectora, entre otras razones porque constituye el primer registro periodístico argentino de la corresponsalía femenina:

Yo, Señores Editores, me he atrevido a tomar la pluma para proponer un medio fácil con que se puede conseguir un fin tan santo, y en particular por respecto a mi sexo, que es el que más necesita de aquellos auxilios (...) He leído algunos libros que por fortuna me han venido en manos, que tratan del modo con que las Sociedades cultas se ha pensado en socorrer a los pobres, trayéndolos al camino más ventajoso para que no sean una carga pesada a sus conciudadanos, y con utilidad suya puedan hacer la causa común.

Entre ellos encontré una noticia exacta de las Juntas de Caridad que hay establecidas en las Parroquias de Madrid, sin otro objeto que el de amparar al verdadero pobre, y ese pensamiento me ha llenado tanto, que *estaba ansiosa de publicarlo*, y sintiendo que en esta nuestra Patria no hubiese un Periódico en el que pudiera salir a luz.

Agitada con aquel deseo, y cuando más sentimiento tenía de no serme posible verificarlo, me encontré con el Prospecto de su Correo de Comercio en casa de una amiga mía, que compra cuanto papel sale de la Imprenta, y *me lo devoré* instantáneamente, para saber si habría lugar al pensamiento de mi predilección.

No pueden ustedes persuadirse cuanta fue mi complacencia al contemplar que ya se había abierto el camino para ver de letra de molde mis ideas, y que estas llegarían a penetrar en las casas de esos vecinos distinguidos que tanta caridad manifiestan, y que heredándose los sentimientos cristianos han dado y dan santas pruebas de ellos, como nos los están manifestando los Templos, los Conventos, los Hospitales, y por consecuencia obrarían en ellos todos los efectos que me he figurado.⁵

La nota continúa con más ideas de la lectora sobre cómo llevar a cabo el proyecto que a ella y a los editores del periódico interesa. En primer lugar, hay que notar que su propuesta se plantea bajo los términos en los que, ciertamente, se iría efectivizando la alfabetización femenina en Buenos Aires tan solo una década después. Esto es, a través de la acción de un grupo de mujeres provenientes

5. *Correo del Comercio de Buenos Aires*, 28 de abril de 1810, número 9, tomo I, p. 69.

de la *elite*, que se hacen cargo de la educación de las niñas pobres de la ciudad en el marco institucional que les provee el gobierno (me refiero a la Sociedad de Beneficencia, creada por Bernardino Rivadavia, en 1824: primera institución pública en la que participan mujeres). Por otra parte, la figurada corresponsal del *Correo* encomia el hecho de que la experiencia pedagógica que propone el semanario, y que ella tanto celebra, ya ha sido puesta a prueba exitosamente en algunas sociedades europeas: España es el modelo que tiene en mente. Y aunque no se lo diga explícitamente, ese modelo se recuesta sobre la vieja noción de “caridad” que propiciaba el catolicismo religioso, y que encuentra ahora una expresión más *aggiornada* en el término “beneficencia”. Belgrano conocía el asunto de primera mano porque lo había visto funcionar en España, donde residió varios años, fue allí donde lo encontró la Revolución Francesa de 1789, tal como lo refirió él mismo en su *Autobiografía*, para señalar que ese hito histórico marcó un antes y un después en su propia formación política e intelectual.

Pero el fragmento citado más arriba ilustra también otras cuestiones en las que vale la pena detenerse. En primer lugar, pone en escena a un de tipo de lectura y de lectora signada por el ansia de *consumo*: la suscriptora amiga de la corresponsal que, como ella —según se deduce de la carta— también leen “cuanto les cae en las manos”. Es decir, *leen vorazmente*, con pasión. Esto precisamente lleva a la redactora a tener ideas propias sobre el asunto y a querer expresarlas. Más aún: la mujer recuerda la emoción que sintió ante su primer encuentro con las páginas del *Correo del Comercio*, cuando después de leer las propuestas sobre educación popular que promueven sus páginas, entendió que sintonizaban con sus propias ideas al respecto y vislumbró la ocasión de verlas reproducidas “en letras de molde”. Esta declaración es interesante porque sitúa la primera representación, en la prensa porteña, de un hecho delicado que dará bastante que hablar a lo largo del siglo XIX (especialmente en las primeras décadas): me refiero al pasaje de la lectura a la escritura femenina y, más concretamente, a la autoría. Porque, como bien lo expresa la lectora en cuestión: ella “estaba ansiosa de publicar”.⁶

Algunos años antes, en 1801, *El Telégrafo Mercantil* se había pronunciado a favor de la educación de las mujeres de la *elite* pero había puesto en duda sus ventajas para las más pobres. Pero fue Belgrano el que propició con toda contundencia este reclamo poniéndolo en boca de las propias interesadas, en 1810. Su proclama es coherente con la acción y el ideario que venía llevando a cabo desde el Consulado, a través de propuestas concretas y disposiciones para la creación de instituciones pedagógicas como la escuela de dibujo (que conectaba los intereses de las artes y los oficios), es coherente con toda la prédica que desarrolló en sus escritos posteriores a favor de la educación popular, en general, con las em-

6. *Ibíd.* Desarrollo el tema y exploro las modalidades de la lectura y la autoría femenina en el siglo XIX en *La mujer romántica. Lectoras, escritores y autoras en la Argentina, 1830-1870*, Buenos Aires, Edhasa, 2005.

peñosas tareas de traducción y edición que llevó a cabo en medio de la guerra.⁷ Y también con la imagen de sí que concibió en la *Autobiografía*. Como sucedió mucho después con Sarmiento, la *escritura y la guerra* se entrecruzan con la misma pasión y el mismo compromiso, con la convicción de que son las formas de *hacer política* en un mundo que cambia y abre horizontes hacia el porvenir.

*

Desde luego, Mitre encarnó también la figura del letrado decimonónico que puede pasar de las bibliotecas a las trincheras cuando lo considera necesario. Por eso no es casual que haya sido él quien eligiera contar la historia de la patria a través de dos “vidas ejemplares”, las de José de San Martín y de Manuel Belgrano. A este último lo mostró tan virtuoso para la guerra, como empeñado traductor y editor en medio del combate. Un solo ejemplo basta para demostrarlo y dejar abierto el asunto a futuras consideraciones: “Belgrano aprovechaba los momentos de descanso en cultivar su inteligencia, y fortalecer su conciencia por la meditación de los escritos de los grandes hombres con que se honra la humanidad. Entre éstos era Jorge Washington el objeto de su particular admiración: así es que, en los pocos días que permaneció el ejército patriota detenido en la margen izquierda del Pasaje, acabó de perfeccionar una traducción de la *Despedida* que aquel inmortal republicano había dirigido al pueblo de los Estados Unidos al tiempo de separarse de los negocios públicos” (p. 120, tomo 2). Y pocas líneas abajo agrega sobre Belgrano: “este héroe de la escuela de Washington, es de todos los revolucionarios de la América del Sur, el que más se ha acercado a tan sublime modelo”. (Las citas corresponden al segundo tomo 2 de la *Historia de Belgrano*, p. 120).

BIBLIOGRAFÍA

BATTICUORE, Graciela, *Lectoras del siglo XIX*, Buenos Aires, Ampersand, 2017.

——— *La mujer romántica, lectoras, escritores y autoras en la Argentina*, Buenos Aires, Edhasa, 2005.

——— “Libros, bibliotecas y lectores en las encrucijadas del progreso”, en *Historia crítica de la literatura argentina*, volumen dirigido por Alejandra Laera, dirección general de Noé Jitrik, Buenos Aires, Emecé, 2010.

BELGRANO, Manuel, *Autobiografía de Manuel Belgrano*, en *Los sucesos de Mayo contados por sus actores*, prólogo del Dr. Ricardo Levene, Buenos Aires, s/f.

7. Sobre Belgrano y la educación pueden consultarse, entre otros estudios recientes: *Escritos sobre educación. Selección de textos*, con presentación de Rafael Gagliano, La Plata, Editorial Universitaria, 2011.

- *Epistolario Belgraniano*, prólogo de Ricardo R. Caillet-Bois, Buenos Aires, Taurus, 2001.
- Escritos sobre educación. Selección de textos*, con presentación de Rafael Gagliano, La Plata, Editorial Universitaria, 2011.
- HALPERIN DONGHI, Tulio, *El enigma de Belgrano*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2014.
- GOLDMAN, Noemí, “Libertad de imprenta, opinión pública y debate constitucional en el Río de la Plata (1810-1827)” en *Prismas. Revista de historia intelectual*, n.º 4, Universidad Nacional de Quilmes, 2000.
- BEN-EZRA, Juan Josaphat , *La Venida del Mesías en Gloria y Magestad*, Londres, Imprenta de Carlos Wood, 1816.
- MOLLOY, Sylvia, *Acto de presencia*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2016.
- MITRE, Bartolomé, *Historia de Belgrano y de la Independencia Argentina*, cuatro tomos, Buenos Aires, Biblioteca *La Nación*, 1902.
- PASINO, Alejandra, “Buenos Aires - Cádiz - Londres: elaboración, críticas y recepción de la legislación sobre libertad de imprenta (1810-1812) en *PolHis. Boletín Bibliográfico Electrónico del Programa Buenos Aires de Historia Política*. Año 6, núm. 12, segundo semestre 2013, pp. 83-94.
- WASHINGTON, George, *Despedida de Washington al pueblo de los Estados Unidos*, www.el-historiador.com.ar/despedita-washington-al-pueblo-de-los-estados-unidos-por-manuel-belgrano